

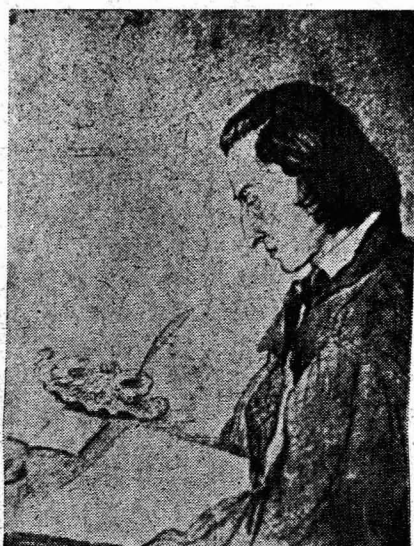
Apunte sobre Chopin

POR MANUEL SANCHEZ MEJIA

El 17 de octubre de este año un crecido número de banderas polacas ondearán en señal del más hondo y viril homenaje: el mundo conmemorará la muerte de FEDERICO CHOPIN.

En un sencillo rincón de Polonia, no lejos de Varsovia, rodeado de árboles cuyo melodioso rumor habría de mecer sus ensueños, nació el que con el tiempo fué llamado el más grande de los poetas del piano. Desde su niñez se perfiló la figura del genio y, según escriben sus biógrafos más autorizados, a la edad de ocho años, sentado ante un piano de cola y con las piernecitas colgando de la alta silla, fascinaba a sus auditores; una precocidad comparable sólo a la de Mozart.

El transcurso de la vida le sorprendió rodeado por la admiración y el elogio, pero



Chopin.—Dibujo por George Sand.

el joven artista había abrigado, muy por encima del aplauso, el propósito que no abandonó un instante: reflejar el trágico sufrimiento por el desgarramiento de su tierra natal. ¡Extraña combinación de notable fantasía estética con el dolor!

Federico Chopin pertenecía al tipo del *entusiasta estético*, pero poseído de un entusiasmo heroico.

El brillo de su fantasía sensitiva se vertía sobre el mundo conocido y lo animaba; era la época de su juvenil movilidad, "tormenta y agitación", y en el restringido auditorio de estetas, escritores, pintores, aristócratas polacos y, sobre todo, bellas damas, encontró un público ideal para su arte de compositor y de pianista; pero el efecto que causó su cálida obra, de grandes proporciones (*Concierto en Mi Menor*), distó mucho de corresponder a sus esperanzas, y así, llevado de la decepción, trató de hacer más restringido el círculo de sus amigos.

Y en ese medio, mientras tocaba, parecía envuelto en dulce melancolía; de pronto comenzaban sus dedos a tensionarse, y obedeciendo al dramatismo que dominaba el espíritu del músico, parecía cada melodía como un idilio que se inicia y que acaba, fatalmente, con la dolorida tristeza con que ter-

minan todos los apasionamientos; se estreecía angustiado al contemplar el nuevo horizonte de su vida, y ante el piano, su confidente, ejecutaba algo como un "canto de amor". Su música se basaba en el vislumbre y reciente hallazgo de ese principio natural que se le revelaba, y cuyo reflejo comunicó en las inspiradas páginas de su música "tenue y sentimental".

Los salones rivalizaban por el honor de su presencia. Pero Chopin no se dejaba seducir por los coqueteos de la fama y cuando interrumpía su labor —acosado por la grave enfermedad pulmonar— la reanudaba con nuevo entusiasmo. Entre bronce, brocados, porcelanas y tapicerías, atravesaba los vestíbulos de las más prestigiosas mansiones parisinas, alentado por ese principio que le provocaba una renovada e intensa emoción; y la expresión soberana que daba el profundo dramatismo de una *balada* (todo un mar de sentimientos) sucumbía en el abrazo triste y silencioso bajo una noche de luna.

Enfermo y con la decepción que le dejaba el entusiasmo artificial del abolengo, buscó refugio ansiosamente en la mirada fogosa y audaz de alguna mujer.

Acontece que el dolor del dolor ajeno llena el alma en personas cuyos sentimientos han sido afirmados por el propio sufrimiento. Las almas femeninas siguen, con frecuencia, este derrotero y son las que constituyen el *tipo amoroso*; desde temprana edad han sido iniciadas o se inician por su propia voluntad en una labor que acogen y asumen hasta casi quedar absortas en ella, y sólo cuando creen que han acumulado tesoros dan a los demás toda su existencia; tal era el caso de George Sand, protagonista de incontables amores.

En un principio, para Federico Chopin, que quería ver en el sexo femenino dulce cariño e irreductible lealtad, dicha mujer significaba algo absurdo y, probablemente, odioso. Pero cuando se hallaron frente a frente sus conceptos se estrecharon ante la autora de *Lelia*. Fué así como entregáronse mutuamente a la pasión, y nacieron otras tantas melodías.

George Sand, dominada por el deseo de *hacer*, de dar a su existencia mayor contenido, ganar gloria y acaso demostrar por la acción que no se reconocía, en su totalidad, el valor que poseía como mujer capaz de radicales determinaciones, rompió, con el tiempo, los vínculos con el cada vez más enfermo y agotado compositor.

Llegaba el invierno. Chopin sabía que no le quedaba mucho tiempo de vida y, en su miseria, sentía más vivo que nunca el deseo de encontrarse a sí mismo, ante la tranquilidad del cielo. Se despedía cada tarde de los últimos rayos del sol, como si fuera la última vez que pudiera hacerlo, y decía:

—¡Cuán hermosas son tus moradas, oh Señor! Alguna vez he deseado ascender y descender, hasta tocar con mi frente el brillo de las estrellas; pero ahora solamente sé lo que es hallarse en las alturas: donde ya

nada separa nada, porque todo es unión y armonía celestial.

Le sorprendió el alba y, asfixiado casi, tomó la mano de su hermana Luisa para exclamar apresuradamente:

—Tú consolarás a nuestra madre ¿verdad?

Un espasmo le cerró el pecho y la garganta. Los médicos que le atendían cambiaron una mirada. Uno de ellos tomó una vela y se la acercó a la cara: tenía el color gris de la ceniza.

—¿Sufrir mucho?... — le preguntó.

—Ahora, ya no.

Y los presentes tuvieron la sensación de que esta respuesta venía de muy lejos, de allá donde el aire alcanza una quietud y claridad indecibles.

Una vez más abrió los ojos, de los que emanaba una ráfaga de luz desconocida, y de sus labios brotó una sola palabra:

—¡Madre!

Luego se desplomó su brazo sobre el borde de la cama, al mismo tiempo que su boca dibujaba una lejana sonrisa.

Cerca de la tumba de Bellini se le había elegido la suya. Embalsamada por el aroma de los árboles cercanos, entre cipreses y sauces que dejaban caer su cabellera sobre las ondulantes aguas de las represas. Ahí donde la muerte se había vuelto triunfo y recompensa para el genio que hubo de luchar toda una vida por la mejor realización de su ideal. "Allá yacían estos genios —escribe Van Del-

brugge—, con el rostro hacia el cielo y confundiendo su carne con los restos de tantos que vivieron al servicio de las artes y de la ciencia."

Cuando descendía la caja mortuoria al fondo de la última morada, salió de entre el grupo de los más íntimos alguien que llevaba en su mano aquella copa de honor de la que bebiera Federico Chopin otrora —en un sencillo rincón de Polonia, no muy lejos de Varsovia— al abandonar el suelo natal.

Esta ocasión iba el cáliz colmado de tierra polaca. Y al vaciarlo sobre la tumba repitió el amigo, con voz grave y quebrantada por el dolor:

—Donde estés, Federico Chopin, estará también nuestra patria: nuestra amada Polonia.

La madre y la patria acariciaron cariñosamente sus últimos momentos.

Era natural que la tierra de la patria lo acompañara en la eternidad, pues a ella le debía su obra. Sí, de esos cantos campesinos polacos, de esas danzas brillantes y alegres, de esos bellos rostros de muchachas polacas de ojos tan azules y cabellos tan rubios, habían nacido tantos Nocturnos, Preludios, Mazurcas, Polonesas Heroicas.

Chopin era un músico de genio, indudablemente, pero era el genio de Polonia; y el amor a su país, ligándolo con raíces profundas a un glorioso pasado, le dió a su música tanta gracia y grandeza.

UNIVERSITARIOS:



La Máquina Portátil UNDERWOOD tiene los mismos adelantos, refinamientos y características de la UNDERWOOD Standard que han hecho de ella la Reina de las Máquinas para Escribir.

UNDERWOOD MEXICANA, S.A.

Artes 20. Edificio "Casa Latino Americana"
Tel. Mex. 35-81-75
Tel. Erie. 13-21-22

México, D. F.



CALIDAD
—
CANTIDAD